

LUCY JANE WOOD

DESHECHIZADA

Traducción de:

IRIS MOGOLLÓN y CRISTINA ZUIL

MAEVA

RED

Nota de la autora

La historia de *Deshechizada* tiene lugar antes de las aventuras de Belle en *Reembrujada*, pero ambos son relatos independientes que transcurren en el mundo de Selcouth.



Capítulo 1

AZÚCAR Y BRUJERÍA

La promesa y el poder de darse un pequeño capricho son quizá el concepto más mágico que la mente proyecta. El potencial que contienen, mientras revolotea a nuestro alrededor, apenas fuera de nuestro alcance, es un don que puede llevarnos a cosas maravillosas. Es un ardid bien intencionado y una plegaria silenciosa. Es una taza de café suave y caliente entre unas manos congeladas, a cambio de un madrugón antes del amanecer. Es la paleta salpicada de colores radiantes de las flores del supermercado tras completar una lista de tareas, una malla de naranjas, una hogaza de pan. O la valiosa media hora que nos prometemos reservar para la paz y el descanso, para la lectura y la evasión, en mitad del caos, en la que cualquier interrupción estará prohibida, aovillados bajo una manta que mantendrá alejado al resto del mundo. Un pequeño capricho lo puede cambiar todo.

Cada pacto insignificante al que se llega en estas negociaciones encierra una magia igual de atractiva, pero seguro que la mayoría coincide en que no hay mejor capricho que un dulce. Y los mejores siempre se encontraban en la pastelería Celestial. Todos los que la conocían se sobornaban a sí mismos con una visita. Si lograban superar las tareas del día, las

exigencias de su vida cotidiana, entonces la recompensa era seguir el aroma a azúcar y canela tostadas que serpenteaba por la calle hasta llegar al toldo de rayas blancas y rosas. Un encanto etéreo parecía flotar por el aire de Celeste, como lo llamaban los clientes habituales. La atracción irresistible que producían los tonos rosados del lugar, tan bonito en la esquina de Maple Row, en Londres, podía explicarse con los dulces de su interior, aunque quizá también tuviera algo que ver con la propietaria.

Cuando Annie Wildwood se mudó y pintó de rosa el local, la pastelería pareció salir de la nada de la noche a la mañana, ya que apareció un buen día en una nube de luz primaveral a juego con el color de la pastelería y una nebulosa de glaseado de azúcar. En menos de una semana, se corrió la voz de que Celeste y su encantadora propietaria tenían algo especial. Mágico, incluso. Que Annie fuera en realidad una bruja era casi un detalle anecdótico. Todo estaba elaborado con amor, por supuesto, pero también era cierto que, a lo largo de sus treinta y dos años, Annie había descubierto que el azúcar y la brujería formaban una combinación deliciosamente atractiva.

—Me temo que Joe se acaba de llevar el último profiterol —dijo Annie, a la vez que señalaba al anciano que salía de la tienda, que se despedía con un guiño hacia el resto de clientes, sintiéndose afortunado—. Pero el petisú de caramelo que me queda lleva tu nombre, Olive.

—Me vale, corazón —respondió la mujer, mientras arrugaba los ojos cansados. Con el pelo rubio recogido en un moño despeinado hecho a toda prisa, se giró hacia la fila de compradores que esperaba tras ella con una sonrisa engreída por haber llegado antes que ellos. Sin embargo, tampoco les preocupaba demasiado, porque, de algún modo, los clientes de Celeste siempre conseguían la última unidad de su dulce favorito, como si se les atendiera en el momento perfecto.

Aprovechando que Olive estaba rebuscando en su monedero, Annie agitó los dedos en dirección al último petisú, cuya cobertura de chocolate blanco brillaba como el mármol. Un toque de chispas rosadas de *Proprius Minutia* flotó por el aire y el nombre «Olive» comenzó a delinearse sobre el glaseado con una delicada caligrafía. Desde que había abierto la pastelería hacía cinco años, Annie no había tardado en darse cuenta de que los clientes estaban demasiado preocupados por el motivo de aquel caprichito como para darse cuenta de que algo tan insignificante como aquella magia se ponía en marcha en el lugar. Los hechizos no eran tan difíciles de ocultar en el mundo no brujo como se podría pensar.

A decir verdad, Annie ya no tenía tiempo de personalizar los bollos a mano. Desde que se hablaba de Celeste en todas partes, apenas tenía un segundo libre para las florituras en las que tanto ahínco había puesto en un principio, pero los pequeños detalles aún marcaban la diferencia. Y no era de las que escatimaban en esas cosas. Annie quería que todos los clientes de Celeste se sintieran especiales.

—¿Has tenido un buen día? —dijo Annie sin girarse mientras levantaba la tapa de cristal y tomaba con las pinzas el petisú, del que surgía una gota de crema esponjosa por un lado de la masa. La luz de última hora de la tarde se filtraba a través del escaparate del establecimiento y sumía el local en un tono amecotonado. El principio del otoño típico de septiembre había traído consigo una alfombra anaranjada que se extendía por la acera en el exterior y, al abrir la puerta, los crujidos de las hojas se unieron a las conversaciones de la ajetreada cafetería movidas por una ráfaga de aire.

—Caótico pero tranquilo. —Olive se encogió de hombros—. Últimamente todos los días son iguales. —Su sonrisa se apagó y se convirtió en un gesto cohibido por la confesión, y el brillo en sus ojos también se atenuó.

Annie titubeó al sentir en los huesos que la mujer la necesitaba, como solía ocurrir a menudo. Era una sensación que tiraba de ella, como si una enredadera se le enroscara en torno a las costillas. Añadió al pedido un poco de *crumble* de manzana con canela y lo metió todo en una pequeña caja envuelta con una cinta. Olive la agarró por el asa con cuidado, como si la dulzura que contenía fuera medicinal. Le quedaba todavía por atender a una fila de clientes pacientes que llegaba casi hasta la puerta, a pesar de que ya se intuía en el aire la llegada de la hora del cierre. Pero Annie podía sacar algo de tiempo libre tras servirlos a todos.

—¿Te apetece tomarte un té, Ol? Ya casi he terminado —propuso Annie, inclinada sobre el mostrador—. Puedes ayudarme a terminar con las sobras del pan de plátano.

A Olive la idea pareció encantarle, pero luego titubeó.

—Sé que estás ocupada. No creo que quieras cambiar tus emocionantes planes vespertinos por mi culpa.

—¿De dónde te has sacado que tengo «emocionantes planes vespertinos»? Creo que no pasará nada si los aplazo —contestó Annie, para desestimar despreocupada la sugerencia. Ignoró la punzada en el pecho, el deseo de volver a casa tras llevar de pie desde primera hora de la mañana.

Cuando Celeste por fin se despejó, Annie aprovechó la oportunidad y le dio la vuelta al cartel rosa para que pasara de «Abierto» a «Cerrado» antes de que alguien pegase la nariz a la puerta con una mirada suplicante. Había enviado a sus compañeras, Faye y Pari, a casa hacía horas (a pesar de sus protestas), ya que no deseaba que gastasen sus tardes en la pastelería. Annie sabía lo valiosos que deberían ser esos momentos y no quería arrebatarlos, sobre todo porque podía apañárselos sin problema ella sola.

Por fin, armada con dos tenedores y varias rebanadas de pan especiado con nueces que sabía a las tardes de los domingos de

octubre, se sentó con Olive junto al escaparate justo cuando empezaban a titilar las primeras estrellas en el exterior.

—Cuéntame.

El pan de plátano veteado no había sido una elección al azar; Annie lo había seleccionado en especial. La poción reconfortante (manzanilla, la ligereza de una pluma, un suspiro de aliento de mariposa, todo mezclado en el sentido de las agujas del reloj) que había añadido al sirope de caramelo salado le aportaría a Olive una chispa de consuelo que la acompañaría durante las próximas noches. Annie escuchó cómo había cambiado su vida, lo atareada y a la vez vacía que se había vuelto desde la pérdida de su marido, que había sido su primer amor. Le sirvió té y alivio entremezclados y le habló de su sueño de encontrar un amor como ese. Cuando Olive terminó, tras una hora solo para ella, lejos de los niños, algo nada habitual, se notaba más liviana, como si le hubiera desaparecido de los hombros el peso de sus problemas. Los apliques perlados del local derramaban su luz sobre las baldosas blancas y negras y un puñado de migas salpicaba el mantel de borde ondulado.

Reuniones como aquella eran una constante en la vida de Annie. Es más, parecía que las atraía, aunque fuera de forma inconsciente. Y, lo más importante, nunca las rechazaba. En Celeste no solo se atendía al público con una sonrisa, sino que se ofrecía un trato genuino de amistad. Se aseguraba de recordar todos los detalles del día a día de cada cliente, desde las citas médicas de sus hijos o la redecoración de sus casas hasta los resultados de los exámenes. Annie siempre sabía qué decir para hacerlos sentir mejor. Ningún detalle era insignificante y ningún sabor demasiado complejo como para rechazar una petición. Todos le ablandaban y le llenaban el corazón.

Los días en Celeste empezaban muy pronto y terminaban incluso más tarde. Los resultados de su duro trabajo, porque no había tenido otra opción que hacer que la pastelería funcionara

cuando había abierto sus puertas por primera vez, se encontraban tras el escaparate para cautivar a todos. Un mosaico compuesto de *macarons* de colores pastel que salían de la cocina tras haber pasado del bol al horno y del horno a la bandeja antes del alba. Rollos de canela enroscados como una girándula de fuegos artificiales. Una vidriera de tartaletas inmaculadas con frutas glaseadas. Un chocolate tan cremoso que evocaba un tapiz de hilos de seda. Delicados cruasanes en forma de caracola y esponjosos panes de chocolate impregnados de la sensación y el color de la hora dorada. La pericia con todo lo relacionado con el azúcar o la magia y el gusto por la repostería de Annie eran algo digno de admiración. Desde que era niña, sabía a ciencia cierta lo importante que era darse un capricho; la manera en la que mejoraba el ánimo más sombrío, iluminaba los días más oscuros y aportaba una chispa de esperanza a un corazón pesaroso.

—Entonces, ¿quién es el afortunado caballero de esta noche? —preguntó Olive con una expresión cómplice en el rostro mientras tomaba el abrigo de tartán y metía un juguete extraviado en el bolso siempre a rebosar.

—No sé de qué estás hablando. —Annie fingió inocencia mientras retiraba los platos vacíos y se desataba el delantal rosa con volantes, manchado de harina. La mayoría de las cosas en su vida eran de alguna tonalidad de rosa y pocas veces optaba por otro color.

—Eres como un reloj. Es jueves, ¿no? Y los jueves toca noche de cita. —Olive movió un dedo en el aire, confiada—. Los viernes son para tus chicas. Los lunes organizas el Club de la Tarta aquí, hasta altas horas de la noche, para alegrarles a todos el inicio de semana. Los martes se los dedicas a tus estudios y los miércoles, a los planes espontáneos. No estoy segura de si deberías llamarlos así si los planeas con antelación, pero... —Olive negó con la cabeza antes de soltar una carcajada—. Eres increíble, Annie. No sé cómo encuentras tiempo para dormir.

—Ya me conoces —replicó la chica, y se encogió alegre de hombros—. Me gusta ser organizada.

Olive se echó a reír.

—Una cosa es ser organizada y otra lo que tú eres, señorita. ¿Qué hay de malo en dejarse llevar?

Annie intentó no tomárselo como un desaire, aunque siempre se lo parecía cuando alguien recalcaba su necesidad de reflexionar sobre cualquier cosa con antelación.

—Todo sale mucho mejor si se remata con un lazo bien puesto, ¿no crees? —Con las manos en las caderas, hizo un gesto con la cabeza hacia la pequeña caja que Olive tenía en la mano, la que contenía un petisú y un poco de *crumble*. La luz incidió en la cinta rosa oscuro justo en ese momento, como si guiñara un ojo. Solo faltó que a la vez sonara un agudo clin. Annie tomó nota mental de añadir un tintineo mágico a su lista de poderes cuando tuviera un momento libre. Sería un detalle curioso.

Olive chasqueó la lengua.

—Pórtate bien con este, ¿quieres? Todos son víctimas indefensas en cuanto te ven. Lo he presenciado de primera mano más veces de las que recuerdo. Me siento mal por ellos. Pobrecillos.

Annie puso los ojos en blanco con cariño.

—Doy lo que recibo, eso es todo.

—Es el champú que usas, creo. Deberías decirme de qué marca es la próxima vez —musitó Olive al girarse para marcharse. *Splendor Coma* era un hechizo que Annie había perfeccionado ante el tocador desde el primer día, desde la tarde en la que había adquirido sus poderes con quince años, antes de que su madre pasara a lecciones más importantes. La cantidad perfecta de volumen, con una descarga controlada de brillo. Una fragancia melosa, mezcla de coco dulce y vainilla fresca, flotaba por el aire con cada movimiento. Incluso bajo la llovizna suave de Londres, su pelo estaba siempre perfecto.

Annie mantuvo la puerta abierta mientras Olive se marchaba, aferrada a la pequeña caja. Una niebla húmeda se extendía por la primera hora de la noche, cubriendo la calle empedrada de una lluvia brumosa que se volvía efervescente al entrar en contacto con el aire frío.

—Cada vez que necesites hablar, Ol, aquí me tienes.

Olive hizo una pausa durante un segundo para agarrarla de la mano.

—Eres una auténtica joya, Annie. ¿Qué haríamos sin ti?
—Le apretó los dedos con firmeza, sincera—. Nos vemos la semana que viene, corazón.

Annie cerró el pestillo de latón y, con un profundo suspiro, apoyó la frente contra la puerta principal. La conversación con Olive había sido dura. Su corazón roto, su pérdida y su tristeza se le aferraban a las yemas de los dedos y vibraban contra su magia como si fueran fuerzas opuestas. Annie solo se permitió un segundo de calma para asimilarlo.

Miró el reloj de pared en una esquina de la cafetería y se limpió una mancha traviesa de chocolate del dorso de la mano en el dobladillo del delantal que seguía colgado, suelto, en torno a su cintura. Iba un poco justa de tiempo, dado que aún tenía que cerrar, acicalarse y encaminarse hacia el restaurante... Sus labios se contrajeron en una ligera mueca mientras repasaba la lista de cosas por hacer esa noche, pero, en un abrir y cerrar de ojos, volvió a sonreír. Por suerte, su especialización en Encantamientos siempre le había sido útil a la hora de usar la magia transformativa.

Aceleró de camino a la trastienda tras correr las cortinas onduladas de la cafetería por el riel de latón. Cuando Annie pasó a su lado con un suave ademán de la mano, se produjo una cascada de magia rosa, y un par de tazas, platos y bandejas que habían dejado atrás los clientes cruzaron el aire. Se hundieron en el fregadero, lleno de agua caliente, antes de contonearse

como un perro mojado y revolotear hasta los estantes de madera. Las sillas se colocaron sobre la mesa mientras los manteles se sacudían para desprenderse de las migas. Una fregona se escurrió dentro de un cubo con jabón y se deslizó por el suelo como un bailarín de salón, dejando a su paso una capa de espuma y burbujas. Esa era otra razón por la que solía ser más fácil cerrar sin Faye y Pari: la magia de Annie, entusiasta y rápida, le echaba una mano cuando estaba sola.

La pequeña trastienda de la pastelería hacía las veces de almacén, sala de personal y vestuario, todo en uno, para su equipo de tres. En algún momento, Faye había cubierto aquel lugar con montones interminables de revistas de música y cintas caseras grabadas de la radio. También había sido el cementerio impresionante y extenso de los proyectos de manualidades de Pari, cada uno de los cuales le había obsesionado por completo antes de acabar totalmente olvidado tres semanas después. Se había pasado septiembre haciendo animales de arcilla diminutos que en ese momento ocupaban cada recoveco posible como caramelos de tonos pastel. Era acogedor, dispar y caótico, como la combinación de sus tres personalidades. No obstante, Annie no pudo evitar lanzar un ápice de magia a la habitación para tratar de ordenarla al menos un poco mientras se abría paso entre los sillones, lo que colocó las cintas en orden alfabético y clasificó los conejos en miniatura por colores.

Su propio rincón estaba en una esquina, separado del resto. Tras el precioso biombo antiguo, Annie se agarró la barbilla, pensativa. Paseó la mirada por la ropa en el burro que tenía delante y desprendió su magia por la fila de vestidos, todos recién planchados y ahuecados para ese propósito concreto. Faye y Pari siempre se reían con cariño de su vestidor improvisado.

—No confiaría en nadie más que en Annie Wildwood para mantener seda rosa y organza *vintage* al lado de los tarros de chocolate negro —había comentado Pari hacía poco.

El vestido rosa de esa noche era de un tono algo más suave que el resto. Tenía cuatro, todos alineados en perchas cubiertas de terciopelo, ordenados de más claro a más oscuro en el burro, con unos zapatos de tacón situados justo debajo de cada uno. Había añadido a cada par un pequeño encantamiento, *Calceus Commodus*, para volverlos más cómodos: cuanto más alto era el tacón, más entumecía el hechizo los dedos de los pies. Estaba orgullosa de su trabajo. Se necesitaba talento e ingenio para mantener activa la magia gradual. Sin embargo, era esencial. ¿Quién podía permitirse que un dolor de pies estropeara un conjunto perfecto?

Con un movimiento rápido de muñeca, invocó su magia y las manchas de nata montada, mantequilla y de una mezcla diversa de cremas desaparecieron, lo que dejó a Annie más inmaculada de lo que ya estaba, si es que era posible. El vestido rosa pálido, que tenía un volante sobre la falda, se deslizó desde su percha al maniquí para añadirle todos los accesorios necesarios. Satisfecha con sus elecciones, otro gesto sutil de magia intercambió el peto rosa fucsia de Celeste por el conjunto nocturno del maniquí. Las cintas del delantal se anudaron para colgarse en la puerta y la cuchara de madera que en algún momento se había metido en el bolsillo trasero voló de vuelta a la cocina como un avión de papel.

Annie se miró en el precioso espejo dorado, herencia de su madre. De inmediato se imaginó a Cressida Wildwood mirándose en él y los recuerdos de su infancia brotaron del cristal. Su madre siempre se añadía un toque de laca o admiraba algún accesorio lujoso mientras Annie permanecía en el umbral de la puerta, pasando desapercibida. Muchas noches, cuando se suponía que debería haber estado dormida, había observado en secreto, anhelante, cómo sus padres se arreglaban para salir. Durante años se había preguntado adónde irían cada noche, tan misteriosos y glamurosos, una vez su madre anunciaba que

ya estaba lista y su padre, orgulloso, la rodeaba con el brazo. Annie ya era partícipe de aquel secreto, por lo que el espejo era un recordatorio de lo lejos que había llegado y todo lo que había dejado atrás.

Se pasó las manos por el pelo, aunque no lo necesitara, comprobó las pulseras, que repiquetearon entre sí, y practicó a toda prisa su sonrisa. Parecía sincera. Destellos de una magia tenue aparecieron por su piel como purpurina. Andrómeda Wildwood adoraba la magia. No solo le resultaba útil en múltiples ocasiones a lo largo del día, entretejida con cada elemento de su vida como un hilo dorado, sino que realzaba su aspecto. Ser una bruja la hacía parecer divertida y optimista, cualidades que Annie deseaba reflejar a ojos de los demás.

Tardó un segundo en recomponerse y le lanzó una última mirada al espejo para comprobar que todo estaba en su sitio. Así era. Como siempre. El corazón se le aceleró un poco, como si quisiera llamar su atención, recordarle que seguía latiendo.

Entonces, susurró entre dientes:

—Perfecto.